DOMINGO. — Todo está pues en sazon; permitidme que llame al Duque. (*Vase.*)

PRINCESA. — (*Sorprendida.*) ¿Qué significa esto?

ESCENA XII.

La PRINCESA. — DUQUE DE ALBA. — DOMINGO.

DOMINGO. — Nuestras noticias llegan tarde, Duque. La Princesa de Éboli nos descubre un secreto que debia saber precisamente de nuestros labios.

ALBA. — Así, mi visita la sorprenderá menos. No me fio de mis propios ojos: sé que tales descubrimientos requieren ojos de mujer.

PRINCESA. — ¿Hablais de descubrimientos?

DOMINGO. — Deseamos saber, Princesa, á qué hora y en qué lugar...

PRINCESA. — Pues bien; os aguardaré mañana á medio dia. Tengo motivos para no ocultar por más tiempo este misterio culpable y no sustraerlo al conocimiento del Rey.

ALBA. — Esto precisamente es lo que me conduce aquí. Es necesario que el Rey lo sepa desde luego y que lo sepa por vos, Princesa, por vos. ¿A quién creeria más que á la severa y vigilante compañera de su esposa?

DOMINGO. — A la que ejercerá sobre él autoridad sin límites, desde que así lo quiera...

ALBA. — Yo soy enemigo declarado del Príncipe.

DOMINGO. — Por enemigo suyo me tienen todos. La Princesa de Éboli es libre. Mientras nosotros estamos obligados á callar, á vos vuestro cargo os impone el deber de hablar. El Rey no podrá escaparnos. Vos dareis la señal y nosotros acabaremos la obra.

ALBA. — Mas todo esto debe cumplirse pronto, inmediatamente; porque los momentos son preciosos y yo puedo recibir á cada instante la órden de mi partida.

DOMINGO. — (*Despues de un momento de reflexion, dirigiéndose á la Princesa.*) Si pudiéramos encontrar unas cartas... unas cartas cogidas al Príncipe, producirian gran efecto... Veamos... ¿No es verdad?... Sí; vos dormís, me parece, en el mismo cuarto de la Reina.

PRINCESA. — Cerca de su cuarto... ¿Por qué decis esto?

DOMINGO. — Si álguien que supiera forzar las cerraduras... ¿Habeis observado dónde acostumbra ella á dejar la llave de su arquilla?

PRINCESA. — (*Reflexionando.*) Esto podria conducirnos á algo. Sí; me parece que la llave podria hallarse.

DOMINGO. — Las cartas exigen los oficios de un mensejero... El séquito de la Reina es numeroso. Si pudiéramos dar con la pista... El oro puede mucho...

ALBA. — ¿Nadie conoce al Príncipe un confidente?

DOMINGO. — No existe uno solo en todo Madrid, ni uno.

ALBA. — Es raro.

DOMINGO. — Podeis creerme. Desprecia á toda la córte; tengo pruebas de ello.

ALBA. — Pero ¿cómo? Ahora recuerdo que cuando he salido del salon de la Reina, el Príncipe hablaba misteriosamente con uno de sus pajes.

PRINCESA. — (*Interrumpiéndole con viveza.*) ¡No! hablaban de otra cosa.

DOMINGO. — ¿Podríamos saberlo? ¡No! esta circunstancia es sospechosa. (*Al Duque.*) ¿Conoceis á este paje?

PRINCESA. — ¡Niñerías! ¿qué quereis que fuera? Basta; yo conozco esto; nos veremos antes de que hable al Rey... entre tanto se descubrirán muchas cosas.

DOMINGO. — (*Llevándola aparte.*) ¿Y el Rey puede es-

perar?... Podré anunciarle, ¿verdad? ¿Podré decirle á qué hora serán colmados sus deseos? Podré...

PRINCESA.— Dentro algunos dias me fingiré enferma, y segun el uso de esta córte, que no ignorais, me separarán de la Reina y me quedaré en mi habitacion.

DOMINGO.—Perfectamente; hemos ganado la gran jugada. Desafío ahora á todas las reinas.

PRINCESA.—Escuchad, me llaman; la Reina me llama; hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EI DUQUE DE ALBA.—DOMINGO.

DOMINGO.—(*Despues de un momento de silencio y siguiendo con la mirada á la Princesa.*) Duque, con esta cara color de rosa y vuestras batallas...

ALBA.—Y vuestro Dios, quiero desafiar al rayo que ha de herirnos. (*Vanse.*)

ESCENA XIV.

Una Cartuja.

D. CÁRLOS.—EI PRIOR.

CARLOS.—(*Al Prior entrando.*) ¿Pues ha venido ya? Lo siento.

PRIOR.—Tres veces desde esta mañana; se fué hace una hora.

CARLOS.—Pero volverá; ¿no lo ha dicho?

PRIOR.—Antes de medio dia, lo ha prometido.

CARLOS.—(*Acercándose á una ventana y mirando los alrededores.*) Vuestro monasterio se halla muy distante del camino; desde aquí se divisan todavía las torres de Madrid y corre al pié el Manzanares. Este sitio me place; todo es en él tranquilidad y misterio.

PRIOR.—Como en la entrada de la otra vida.

CARLOS.—Reverendo padre, confio á vuestra probidad lo más sagrado y precioso que poseo; nadie debe saber, ni sospechar siquiera, con quién he conversado aquí secretamente, pues tengo importantes razones para ocultar al mundo entero á quien aguardo. Hé aquí por qué elegí este convento donde estamos al abrigo de traiciones y sorpresas. ¿Recordais lo que me habeis jurado?

PRIOR.—Fiad en nosotros, señor. Las sospechas de los reyes no van á registrar las tumbas, y la curiosidad sólo aplica su oido á las puertas de la dicha y de la pasion. El mundo acaba al pié de estos muros.

CARLOS.—¿Pensais tal vez que estas precauciones y ese temor ocultan una conciencia culpable?

PRIOR.—Yo no pienso nada.

CARLOS.—Os engañariais, padre mio; os aseguro que os engañariais. Mi secreto teme al hombre, pero no á Dios.

PRIOR.—Hijo mio, esto nos preocupa muy poco. Este refugio está abierto así al crímen como á la inocencia, y sea cual fuere tu pensamiento, bueno ó malo, justo ó culpable, sólo tiene que ver contigo.

CARLOS.—(*Con calor.*) Lo que ocultamos no puede ofender á vuestro Dios; es por el contrario su obra, su obra más bella. Puedo revelároslo todo.

PRIOR.—¿Y con qué objeto? ¡Excusadlo, Príncipe! el mundo y sus instrumentos están ya de mucho tiempo empaquetados para el gran viaje. ¿Por qué abrir todavía el cofre, momentos antes de partir? ¡Basta tan poca cosa para la beatitud! La campana suena la hora del oficio; me voy á rezar. (*Vase.*)

ESCENA XV.

D. CÁRLOS. — El MARQUES DE POSA.

CARLOS. — Por fin, por fin...

MARQUES. — ¡Esto es poner á prueba la impaciencia de un amigo! Dos veces ha salido el sol y dos veces se ha puesto desde que se ha decidido el destino de Cárlos, y hasta ahora no voy á saberlo... Habla; ¿os habeis reconciliado?

CARLOS. — ¿Quién?

MARQUES. — Tú y el rey Felipe. ¿Hay algo decidido con respecto á Flandes?

CARLOS. — Que el Duque parte mañana; hé aquí lo que se ha decidido.

MARQUES. — Esto no puede ser, y no es, sin duda. Madrid entero seria engañado. Se dice que has obtenido una audiencia secreta. El Rey...

CARLOS. — Permanece inflexible. Estamos separados para siempre, y más todavía de lo que estábamos.

MARQUES. — ¿Tú no vas á Flandes?

CARLOS. — No, no, no.

MARQUES. — ¡Adios mis esperanzas!

CARLOS. — Dejemos esto á un lado. ¡Oh, Rodrigo! desde que me dejaste ¡qué de impresiones! Ante todo reclamo tus consejos; debo hablarla...

MARQUES. — ¿A tu madre? No... ¿y por qué?

CARLOS. — Tengo alguna esperanza... ¿palideces? Tranquilízate. Debo ser feliz y lo seré, mas ya hablaremos de eso otro rato, y trata ahora de ver cómo podre hablarla.

MARQUES. — ¿Qué significa esto? ¿En qué se funda este nuevo delirio?

CARLOS. — No es sueño, por el Dios de los milagros; es una realidad, una realidad. (*Le enseña la carta del Rey á la Princesa de Éboli.*) Realidad que se halla en este importante papel. La Reina es libre, libre así á los ojos del mundo como á los ojos del cielo. Lee, y cese tu sorpresa.

MARQUES. — (*Abriendo la carta.*) Qué, ¿qué veo? ¿y de la propia mano del Rey? (*Despues de haberla leido.*) ¿Y á quién se dirige esta carta?

CARLOS. — A la Princesa de Éboli. Anteayer un paje de la Reina me trajo una carta de letra desconocida y una llave, indicándome un gabinete en el ala izquierda del palacio habitado por la Reina, donde me esperaba una dama á quien amo desde mucho tiempo. Obedezco inmediatamente á esta indicacion...

MARQUES. — ¡Insensato!... Acudes...

CARLOS. — No conozco la letra; sólo conozco á una mujer á quien amo; ¿y quién sino ella podria creerse amada de Cárlos? Henchido de dulce embriaguez, vuelo al lugar de la cita, y sírveme de guia un canto celestial que sonaba en el interior de la habitacion... Abro la puerta... y veo... ¿á quién? ¡juzga de mi terror!

MARQUES — ¡Oh!... lo adivino todo.

CARLOS. — Estaba perdido sin recurso, Rodrigo, si no doy en manos de un ángel... ¡Qué desdichada casualidad! Engañada por el imprudente lenguaje de mis ojos, se abandona á su tierno error, y créese ella el ídolo de mis miradas. Movida á compasion por mi secreto pesar, y llevada de su imprevision y de la generosidad de su ánimo enternecido, quiere corresponder á mi amor, y como pareciera imponerme silencio el respeto, ella se atreve á romperle, y me abre su noble corazon.

MARQUES. — ¿Y me cuentas esto con tanta calma?... La Princesa de Éboli ha penetrado tus intenciones; no me cabe duda de que conoce el íntimo secreto de tu amor. La has ofendido gravemente... é influye en el ánimo del Rey.

CARLOS. — (*Con confianza.*) Es virtuosa.

MARQUES. — Lo es porque así conviene á su amor. No me fio de esta virtud; la conozco. ¡ Cuán lejos se halla de aquel sentimiento ideal, que partiendo del alma como del suelo materno, se despliega con gracia y arrogancia, libremente y sin cultivo, coronándose de abundantes flores! Vástago extranjero, trasplantado de las regiones meridionales á más rudo clima, su inocencia proviene de la educacion, de los principios recibidos, llámalo como quieras; es una inocencia adquirida, disputada por la astucia y á fuerza de combates á la sangre ardiente; depositada á buena cuenta en manos de Dios que la reclama y la paga. Juzga por tí mismo; ¿ perdonará nunca la Princesa á una Reina, que un hombre haya desdeñado, el sacrificio de esta virtud penosamente alcanzada, por consagrar á la esposa de Felipe un amor sin esperanza?

CARLOS. — ¿ Tanto conoces á la Princesa?

MARQUES. — No sé; apenas la he visto más de dos veces, pero déjame decirte una palabra. Me ha parecido que evitaba hábilmente todo compromiso y que sabia muy bien lo que valia su virtud. En cambio he visto la Reina, y ¡ qué diferencia, Cárlos, en cuanto he observado en ella! Ignorante, en su nativa y serena grandeza, así de la desenfadada frivolidad como de los preceptos dogmáticos del decoro, así distante de la osadía como del temor, camina con paso firme y heroico por la estrecha senda del bien, sin saber siquiera que excita un sentimiento de adoracion, cuando apenas cuenta con la aprobacion propia. En este retrato, ¿ reconoces tambien, Cárlos, á la de Éboli? La Princesa se ha mantenido firme porque amaba, y el amor era la condicion primera de su virtud. Tú no la has recompensado, y sucumbirá.

CARLOS. — (*Con viveza.*) No, no. (*Se pasea con agitacion.*) No, te repito. ¡ Oh, Rodrigo! si supieras cuán mal haces en arrebatar á tu Cárlos la mayor felicidad, la fe en la virtud del corazon humano.

MARQUES. — No merezco este reproche, amigo de mi alma, no, por Dios vivo, porque no era esto lo que intentaba. ¡ Ah! la Princesa de Éboli! Aunque fuera un ángel y debiera prosternarme ante su virtud, no quisiera que poseyese tu secreto.

CARLOS. — Observa cuán vano es tu temor. Ella sólo posee un prueba que la avergonzaría, ¿ y sacrificará por ventura su honor á la triste satisfaccion de vengarse?

MARQUES. — Más de una se libró á la infamia para borrar un momento de vergüenza.

CARLOS. — (*Levantándose con viveza.*) ¡ Oh! estás muy duro, muy cruel con ella. Noble y altiva, la conozco y no la temo. En vano te esfuerzas en disipar mis esperanzas; he de hablar á mi madre.

MARQUES. — ¿ Ahora? ¿ Y por qué?

CARLOS. — No tengo ya que guardar ningun miramiento, y es fuerza que conozca mi suerte; haz lo posible para que pueda hablarla.

MARQUES. — ¿ Y quieres enseñarle esta carta? ¿quieres enseñársela?

CARLOS. — No me preguntes nada sobre esto... Busquemos sólo el medio de avistarme con ella.

MARQUES. — (*Con imperio.*) ¿ Me has dicho que amabas á tu madre y quieres enseñarle esta carta? (*Cárlos baja los ojos y calla.*) Cárlos, veo en tu semblante algo nuevo para mí, y que no habia visto hasta ahora; apartas la mirada. ¿ Será verdad? ¿ Habré acertado? Déjame ver. (*Cárlos le da la carta y el Marques la rasga en pedazos.*)

CARLOS. — Cómo, ¿ estás loco? (*Con emocion reprimida.*) Realmente, lo confieso; daba mucha importancia á esta carta.

MARQUES. — Lo cual he creido reconocer, y por esto

la rasgo. (*El Marques fija una mirada penetrante en el Príncipe, que á su vez le mira perplejo. Larga pausa.*) Habla. ¿Qué hay de comun entre la profanacion del lecho conyugal y tu amor? ¿Por ventura temia á Felipe? ¿Qué relacion cabe establecer entre la violacion de sus deberes y tus esperanzas? ¿Su falta se acuerda con tu amor? ¡Oh! Hasta ahora no te habia conocido; hasta ahora ¡cuán mal habia comprendido tu pasion!

CARLOS. — Cómo, Rodrigo, ¿qué crees tú?

MARQUES. — Me convenzo de que debo acostumbrarme á ello. Sí; antes no era así. Antes tu alma era ardiente y rica, y cabia un mundo en tu ancho seno; todo se ha desvanecido ante una pasion, ante el mezquino interes personal. Tu corazon ha muerto; no tienes ni una lágrima por la espantosa suerte de los Países-Bajos, ni una sola lágrima. ¡Oh, Cárlos! ¡Cuán pobre y miserable te has vuelto, desde que sólo te amas á tí mismo!

CARLOS. — (*Se arroja en un sillon; calla un instante y solloza.*) Harto sé que ya no me estimas.

MARQUES. — No digas esto, Cárlos. Conozco la causa de tu extravío, debido á un sentimiento laudable. La Reina te pertenecia y te fué arrebatada por el Rey; hasta ahora dudabas modestamente de tus derechos, pensando si tal vez Felipe era digno de ella. Sólo en voz baja te atrevias á formular tu juicio, cuando hé aquí que de repente una carta resuelve la cuestion. Con júbilo y orgullo reconoces que eres el más digno; ves convicta á la suerte de robo y tiranía, y triunfas con ser el ofendido, porque las almas grande se enorgullecen de sufrir injustamente. Y aquí empieza á extraviarse tu imaginacion; satisfecho el orgullo, nació en tu corazon la esperanza. Vé si sabia yo que esta vez te habias comprendido mal á tí mismo.

CARLOS. — (*Conmovido.*) No, Rodrigo; mucho te engañas; mi pensamiento no era tan noble de mucho como pretendes hacerme creer...

MARQUES. — ¡Tan poco te conoceria! Mira, Cárlos; cuando te extravías, busco siempre entre cien virtudes á cuál debo imputar la falta. Mas ahora nos comprendemos mejor. Pues quieres hablar á la Reina, tú le hablarás.

CARLOS. — (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡Cómo me avergüenzo ante tí!

MARQUES. — Te he dado mi palabra, confíame el resto. Un pensamiento extraño, osado, feliz, surge en mi imaginacion. Cárlos, tú lo oirás de más lindos labios. Me voy á ver á la Reina, y tal vez esta misma mañana habremos hallado una solucion. Hasta entonces, no olvides, Cárlos, que un proyecto concebido por una inteligencia elevada y reclamado por los sufrimientos de la humanidad, no debe abandonarse jamas, aunque mil veces fracasara... ¿Oyes? Acuérdate de Flandes...

CARLOS. — Sí, sí; cuanto me sea prescrito por tí y la virtud.

MARQUES. — (*Acercándose á una ventana.*) Llegó la hora; hé allí tu comitiva. (*Se abrazan.*) Ahora vuelves á ser príncipe y yo vasallo.

CARLOS. — ¿Regresas á la villa?

MARQUES. — Al instante.

CARLOS. — Aguarda. Una palabra; iba á olvidar una nueva importantísima. El Rey es quien abre las cartas para Brabante; ponte sobre aviso porque sé que los correos del reino tienen órdenes secretas.

MARQUES. — ¿Cómo lo has sabido?

CARLOS. — Don Ramon de Taxis es amigo mio.

MARQUES. — (*Despues de un momento de silencio.*) ¡Esto más! En adelante darán la vuelta por Alemania.

(*Vanse en opuesta direccion.*)